



AYER.

—
Á MI AMIGO

FELIX MARÍA ESCALANTE.
—

✠POR siempre huyó!... Fantasma vaporoso
De mi perdido ayer, adios: tu giro
Sigue doquiera entre tinieblas densas
De mi laúd el fúnebre gemido....
¡Adios! ¡adios!... Hundístete liviano
En las horas que fueron: el abismo
Se presentó ante tí: raudo volaste
Como un ave que cruza en el vacío....

Sí; y aún te sigue el doloroso acento
Que lanzo en mi continuo desvarío,
Y te miro, fugaz, como una sombra,
Sepultarte en el cóncavo infinito,
Como se pierde en el parduzco fondo,
Al espirar el sol en su camino,
El roble colosal que en lontananza
Entre los bosques se destaca erguido;
Mas tú no volverás á presentarte
Ante mis ojos, como el roble altivo,
Cuando aparezca tras los altos montes
Del nuevo sol el resplandor divino.
No, no, jamás; que entre las sombras cruzas
De la impalpable eternidad perdido,
Y ni la luz de plácidos recuerdos
Alumbra tu contorno fugitivo.
Un sueño fué que aletargó mi mente,
Pero ¡ay! un sueño del Edén traído,
Para un instante enagerar el alma
Y hundirla en el tormento de improviso...
Todo acabó: la hiel del desengaño,
En vez del néctar del deleite libo,
Y en mi agudo dolor, dentro del pecho,
Del corazón me cansan los latidos.

Sí; la ilusión de la mujer que amara
 Se ha trocado en crudísimo martirio,
 Y los momentos de placer y gloria
 En horas ¡ay! de matador hastío.
 Marasmo por doquiera, horrible tedio,
 Sombras no más de aquel Edén perdido.
 Nublan mi porvenir como la bruma
 Que entolda los espacios de zafiro.
 ¿Y he de arrastrar mi vida como arrastra
 Pesados hierros infeliz cautivo,
 Cual tosca cruz á cuyo enorme peso
 Me queda á la mitad de mi camino?...
 ¡Ayer, ayer! imágen de mi gloria!
 Tibio reflejo del deleite mío,
 Crepúsculo fugaz, del arpa de oro
 Encantador y postrimer sonido!
 Si ya no has de volver, si en ese oscuro,
 Horrible y profundísimo vacío
 Las horas que pasaron se sumerjen,
 Perdiéndose en sus senos infinitos;
 ¿Dónde hallaré la paz? ¿Acaso pueda
 Vivir sin fé? vivir es un suplicio;
 Vogar en este oceano borrascoso,
 Sin velas ni timón, al albedrío

De procelosos vientos ¡ay! ¿á dónde,
 A dónde me conduce mi destino?...
 En tanto del dolor el hondo vaso
 Apura sin cesar el labio mío;
 Del loco mundo la algazara loca
 Llega con lentitud á mis oídos...
 Ellos cantan y ríen... ¡dichosos seres!
 En los deleites siempre confundidos,
 Rodeados de célicas beldades
 De lánguido mirar y talle erguido...
 Ya los escucho... del festín alegre
 A mí llegan los plácidos sonidos,
 Y contemplo al través de esas ventanas
 Del raudo wals el voluptuoso giro...
 ¡El amor! panorama delicioso,
 Almo consuelo del mortal, alivio
 Del agudo dolor... ¡ay! yo no puedo
 Ufano penetrar en tu recinto!...
 No; que contemplo la pomposa fiesta
 Al pié del muro que me niega abrigo;
 Y no hay un sér en la callada noche
 Que recoja mis íntimos suspiros,
 ¡Ah! todo causa al corazón pesares.
 Todo acrecienta mi dolor: el giro

De las pesadas nubes que se agolpan;
 Los lívidos relámpagos... el grito
 De los siniestros cárabos nocturnos,
 Y entre los secos troncos el zumbido
 Del viento pertinaz... de las cascadas
 El lejano rumor, y de continuo
 De los reptiles asquerosos suenan
 Los prolongados, lúgubres silbidos.
 Y á este cuadro de horrores que me espanta,
 Para aumentar mi bárbaro suplicio,
 Se unen los ecos del festín alegre...
 ¡¡Callad!! ¡no suenen vuestros torpes gritos!
 ¡Callad, por Dios... estúpidos sarcasmos
 Son vuestros goces á mi mal unidos.
 ¡Cesad! cesad! no vibre en vuestros labios
 El torpe beso del amor lascivo...
 Ah!... ¡cuánto herís al corazón!... No quiero
 Prestar á vuestro acento mis oídos;
 No quiero ver vuestras volubles formas,
 Leves girando en el salón sin tino;
 No quiero presenciar vuestros amores,
 No quiero ver vuestro placer maldito!...
 Pero ¡ay! á mi pesar buscan los ojos
 De ese festín el deslumbrante brillo,

Como buscara el ciego infortunado
 Del claro sol el resplandor divino!
 La sed del alma que mi labio seca
 Me mueve á contemplaros... los sonidos
 De la vibrante orquesta; de la seda
 Que roza un pié los lúbricos crujidos;
 La voluptuosa y lánguida mirada
 De la beldad; el pecho alabastrino
 Que ondula ténue del amor al soplo....
 Una sonrisa de pasión.... ¡Delirios
 De la exaltada mente! un solo instante
 De calma conceded al pecho mío:
 No me abrumeis; que plúgole severo
 De la dicha apartarme á mi destino,
 Y no me deja penetrar en donde
 Ayer fuera mi ameno paraíso...
 ¡Ayer! ¡ayer! imagen de mi gloria!
 Tibio reflejo del deleite mío,
 Crepúsculo fugaz; del harpa de oro
 Encantador y postrimer sonido!...
 ¡No has de volver jamás! bajo mi planta
 Encuentro un yermo estéril y sombrío...
 Del porvenir el horizonte oscuro
 Solo se enciende al resplandor rojizo
 De fúlgido relámpago... ¡¡Crucemos
 El dilatado erial, laúd querido!!





JESUCRISTO EN LA CRUZ.

El que ha podido hacer adorar una cruz, el que ha ofrecido por culto á los hombres la humanidad doliente y la virtud perseguida, éste, lo juramos, no puede menos de ser un Dios.

CHATEAUBRIAND.

¡Calle el mundo á mi voz! El arpa mía
Va á repetir el eco del Calvario
Con mágico concento,
Que en alas de la mística poesía
Se eleve presuroso y solitario
Hasta tocar el alto firmamento.

¡Calle el mundo á mi voz! Altivos reyes,
Pueblos que venerais la augusta enseña
Con júbilo infinito,

Mudos oíd: ante las sacras leyes
El orbe todo su poder domeña.
¡Tiemble á mi voz el bárbaro precito!

Sí; porque canto al Salvador del mundo,
Al autor de las altas maravillas,
Á cuyo solo nombre
Los querubines con amor profundo
En el cielo se postran de rodillas,
Y acá humillado se estremece el hombre.

¡Canto al Señor! dobléguese á mi acento
La humanidad en el mezquino suelo;
Porque de unción piadosa
El alma siento arder, y el pensamiento
Al escabel se encumbrará del cielo
Donde la planta de Jehová reposa.

¡Atended! una voz ha resonado
Derramando torrentes de armonía
Y de placer profundo!...
¿Quién profiere ese acento regalado?
Oíd en esa dulce melodía,
La dulce voz del Salvador del mundo.

«Perdónalos, Señor oh Padre mío;
No saben lo que han hecho.»—¡No lo saben!
¡Cuánta bondad encierra,
Jesús, y cuanto amor, tu acento pío;
Dejas que gotas de tu sangre laven
La negra culpa que manchó á la tierra!

Y dejas ¡ay! que en tu sagrada frente,
Que en esas sienes, ¡oh Señor! que inclinas
Enclave despiadada
Del pueblo infiel la fementida gente
Corona de agudísimas espinas
Que hacen brotar tu sangre venerada.

¡Tú, cuya aureola presta fulgurante
Su luz al sol, y cuyo soplo haría
Cenizas la natura!
¡Tú sufres, ay! Levanta amenazante
La voz, confunde á la canalla impía,
Y no apures las heces de amargura.

Pero apacible vuelve la mirada
Hacia la cruz del malhechor, diciendo
Con júbilo: «*Este día*

Serás conmigo en la eternal morada.»
Cada mortal en el instante horrendo
Recuerde esa palabra de armonía.

El Señor va á morir: siempre bondoso
Quiere dejar al mundo cara prenda
De su amor inefable;
Prenda sin par, tesoro portentoso,
Que al hombre triste en su dolor defienda
Y sea refugio de infeliz culpable.

Viendo á María, la dice dulcemente,
Enseñándole á Juan, que triste llora:
«*Mujer, mira á tu hijo.*»
Desde entónces el mundo reverente
De la Madre de Dios la gracia implora,
Y la venera con amor prolijo.

Del Gólgota otra vez allá en la altura
La voz del Redentor se escucha apenas
«*Tengo sed,*»—¡Es posible!
El que en Oreb de entre la peña dura
Hizo saltar el agua por la arena
Con su inmenso poder irresistible...

¿Escierto, Dios Eterno? El que ha vertido
Sobre el orbe torrentes, el que un día
El ancho mar llenara,
El que á su voz mirara sumergido
Al mundo entre las aguas... ¡Raza impía!
Oíd, oíd, su acento que murmura:

«Padre mío, ¿por qué me desamparas?»
Solo!... ¡solo! El que ordena en los confines
Del empíreo millares
De jerarquías de su mando avaras,
De arcángeles y bellos serafines...
¡Solo el Señor cercado de pesares!

¡Silencio! ¡Prosternaos! negros vapores
Torvos encubren el zafíreo cielo!
La luz se debilita,
Desátanse los vientos bramadores,
Y á la penumbra que circunda el suelo
Vése la tierra del Señor maldita.

Y surcan los relámpagos la esfera
Y en las tinieblas lóbregas serpean:
Pavorosos resuenan

Inmensos ruidos de terror; do quiera
Cárdenos rayos sin cesar flamean
Que con su voz los ámbitos atruenan...

Treme la tierra... rugen y se agitan
En sus cuevas las fieras espantadas
De tales conmociones;
Los torrentes sin fin se precipitan,
Y escúchanse feroces risotadas
De los infames, bárbaros sayones.

En tanto de las fosas se levantan
Los que fueron ayer; desencajadas
Asoan las facciones;
Al mirar el Calvario se amedrentan
Y se hunden en las tumbas socavadas,
Con extrañas horribles contorsiones.

¡La hora sonó! La humanidad entera
Levanta el grito: «¡Redención! exclama.
El momento ha llegado
De cumplirse la oferta verdadera;
La sangre que nos salva se derrama,
La sangre de Jesús idolatrado!»

«*Todo se consumó!*» ¡Gracias, Dios mío!
 Que al mundo todo legarás muriendo
 Tus bienes soberanos:
 Ya te escucho en el Gólgota sombrío,
 Exclamando: «*Mi espíritu encomiendo,*
Señor, Señor, en tus sagradas manos.»



Á MI QUERIDO MAESTRO Y AMIGO

DON LORENZO ADUNA.

LA SAMARITANA.

«**D**ADME á beber del agua de la vida»
 Dijo Sarai á Cristo allá en Samaria,
 Incrédula tal vez y temeraria.
 Jesús al ver á la mujer perdida

Delante de él con la cabeza erguida
 Cabe el brocal del pozo solitaria,
 Levantó, como losa funeraria,
 El velo de su historia envilecida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Vol. 1625 BENVENIST, MEXICO

Tiembla Sarai, espántale la oscura
Vergonzosa memoria del pasado:
«Dadme á beber»—repite, ansiando calma:

Del Redentor escucha la voz pura,
Y en medio de su lloro acrisolado
En aguas de la fé bañó su alma.



VIVIR MURIENDO.

¡QUÉ lentas son las horas de mi tediosa vida,
Qué amargos los instantes, ausente de mi amor!
Desgárrase sin trégua mi dolorosa herida,
Y vago cual la hoja marchita compelida
Por rápido aquilón.

Ya asome esplendorosa con mágica sonrisa
Aurora en el Oriente con nubes de carmín;
Ya sople adormecida la perfumada brisa,
Ya preste melancólica la luna luz remisa
Al cielo de zafir.

Y ollevo aquí en el pecho el dardo que me oprime
El dardo, sí, que hiere mi pobre corazón;
Natura con sus galas al triste no redime
Del torcedor eterno con que abatido gime
En su íntimo dolor.

En medio á mi aislamiento, con el aroma as-
 [ciende
 Del cáliz de las flores al lánguido saüz,
 A perfumar sus hojas, mi fiel memoria, hiende
 Dulcísimo recuerdo que al alma toda enciende,
 Bañándola en su luz.

Recuerdo de ventura, magnífico, risueño,
 Cual en Abril los campos de espléndido matiz;
 Embriagador, süave, cual plácido beleño
 Que entrega á castas vírgenes al voluptuoso sueño,
 Sueño de amor feliz.

Mas ¡ay! que cruza ráudo por la abrasada mente
 E impregna sus dulzuras en mi ánima ¡infeliz!
 Con su frescura aumenta la sed que el pecho siente,
 Y pasa y vuelve ¡ay triste! mi corazón doliente
 Frenético á gemir!

¿Dó estás, angel querido, deidad consoladora
 De inspiración, de dicha sublime manantial?
 ¿Dó está la que mi alma con entusiasmo adora?
 ¡Lejos de mí! y en tanto la pena aterradora
 Me agobia sin cesar.

Mas si á perpétua ausencia nos condenó la suerte,
 Si en un desierto estéril por siempre he de vivir,
 Oprimame en sus brazos la descarnada muerte,
 Que más enamorado, hermosa, que no verte,
 Pluguírame morir...

¡Morir!... ¡ah, no! muriendo, mi amor se acabaría
 Bajo el inmundo techo del féretro ruín;
 Y en tí, dolor acerbo, tenaz se cebaría...
 ¡Ah!, nunca!... solo quiero vivir, gacela mía,
 Para vivir por tí!

